

Hans Magnus Enzensberger

Reflexiones
del señor Z.

o migajas que dejaba caer recogidas
por sus oyentes

Traducción de Francesc Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Herrn Zetts Betrachtungen, oder Brosamen, die er fallen liess, aufgelesen
von seinen Zuhörern

© Suhrkamp Verlag

Berlín, 2013

Publicado con la ayuda del  **GOETHE-INSTITUT**
financiado por el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán

Ilustración: © Digital Vision / Photodisc / GETTY

Primera edición: enero 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Francesc Rovira, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7912-4

Depósito Legal: B. 24724-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Hay que imaginarse al señor Zeta como alguien que se guarda para sí sus segundas intenciones, que lleva las preocupaciones con aplomo y que raramente renuncia a hacer el bien. De figura robusta y rolliza, lo único en él que llama la atención del observador es su serenidad y lo derrochador que se muestra con su tiempo. Si tiene profesión, nunca la menciona.

Sus ojos de color gris azulado son muy despiertos, pero quien lo observe con atención descubrirá que es corto de vista. Además de su traje sal y pimienta pasado de moda, lleva un bombín marrón que suele dejar a su lado, sobre el banco.

Durante prácticamente un año entero, y siempre que el tiempo lo permitiera, cualquiera habría podido encontrar al señor Zeta cada tarde en el parque, apartado de los caminos principales, en un rincón protegido por setos de carpe en el que, excepto por algunos estorninos hambrientos, reinaba la calma.

Ninguno de nosotros sabría explicar cómo enta-

blamos conversación con el señor Zeta por primera vez. En este contexto, *nosotros* se refiere a un grupo de paseantes reunidos por el azar que de vez en cuando nos deteníamos a escucharlo. La mayoría proseguía su camino al cabo de un rato sacudiendo la cabeza. Otros le hacían preguntas o se enzarzaban en largas discusiones con él.

Al final sólo quedamos tres. ¿Por qué razón decidimos dar cuenta de nuestras conversaciones con el señor Zeta a unos contemporáneos que no habían oído hablar nunca de él? Naturalmente, él es el auténtico autor de nuestro compendio, aunque, hasta donde sabemos, nunca escribió negro sobre blanco ni una sola de sus frases. De hecho, no podemos garantizar la corrección de nuestras anotaciones. Por un lado, porque, como él mismo nos advirtió en más de una ocasión, la memoria engaña; por otro, porque a menudo discutimos entre nosotros.

¿Qué predominaba en las apariciones del señor Zeta, la timidez o la soberbia? ¿Realmente dijo tal o cual cosa? Son imaginaciones tuyas, dice uno. Pondría la mano en el fuego, replica el otro, y un tercero propone un pacto: que cada uno de nosotros escriba lo que le parezca. Eso le habría gustado al señor Zeta; así que nuestra troika se puso al fin de acuerdo.

1 La primera o segunda vez que nos encontramos, un día de principios de abril en que los árboles se disponían a poner fin a su prolongada huelga, dijo Z. que se preguntaba por qué nos deteníamos a escucharlo. No se sentía lo suficientemente viejo como para tener discípulos, y estaba muy lejos de tenerse por un maestro. Tampoco podíamos considerarnos hermandad, ya que no le unía ningún lazo sanguíneo ni político con los que allí nos habíamos congregado. Ni siquiera se veía como un profesor; eso podría haber significado que ya no tenía nada que aprender. Quizás a alguien le diera por calificarlo de orador, pero para ello le faltaban la práctica y una tribuna. Él no necesitaba ningún podio y se esforzaba por expresarse con brevedad. Quien anduviera en busca de un guía se había equivocado de lugar, lo mismo que quien pretendiera reunir adeptos a su alrededor. Al fin y al cabo, concluyó, todos nosotros no éramos sino paseantes que sólo pretendían charlar amigablemente un rato.

2 «Si logran dar con algo», dijo Z., «que despierta su admiración, no escatimen ese impulso tan agradable.»

3 Dijo Z.: «Contradíganme, pero sobre todo contradíganse ustedes mismos. Uno sólo debe mantenerse fiel a aquello que no dice.»

4 Uno de nosotros se decidió a hacerle una objeción. «Habla usted con enigmas, y me temo que lo hace a propósito. Desde luego, no puedo hablar por los demás, pero yo personalmente preferiría que se expresara con menos ambigüedad.»

«Me ha desenmascarado usted. Pero ¿caso le parece que la ambigüedad es una simple manía? Le ruego que no olvide que tenemos dos manos. Izquierda y derecha, sin duda fáciles de confundir, pero desde luego no son lo mismo. Nuestra asimetría tiene sus ventajas. Se necesitan dos manos para lavarse, para cambiar los pañales a un bebé o para coser un botón. Nuestras facciones no presentan simetría especular; si alguien copiara su fotografía de carné e intercambiara una mitad con otra, no se reconocería en el *collage* resultante. O bien pruebe a taparse un ojo y luego el otro. Descubrirá que su percepción es estereoscópica y que el mundo se ve distinto según la perspectiva. También el cerebro, por lo que me han contado, presenta dos mitades muy diferentes. Concluyo de todo ello que el anhelo de univocidad puede estar muy extendido, pero está condenado al fracaso.»

5 A media tarde, mientras el autor de la réplica, un joven licenciado muy irritable, daba vueltas a cómo rebatir los argumentos de Z., empezó de pronto a nevar. Era abril y nadie iba preparado para esa circunstancia, excepto una distinguida y voluminosa señora que había aparecido envuelta en un abrigo de visón. Los congregados maldecían, muertos de frío, se sacudían los copos de nieve de los hombros y emprendían la huida. Ni siquiera el joven erudito tenía ya ganas de proseguir con la discusión, de modo que sólo el señor Z. permaneció sentado. La señora decidida fue la única que no abandonó el lugar. Un señor muy callado, que había estado presente desde el principio, se unió a ellos dos. Llevaba un traje a medida bien cortado y unas gafas de sol que no se quitaba nunca. Sólo un detalle desentonaba en su perfecta presencia: el pelo entrecano se le ondulaba sobre la nuca, como si no hubiera tenido tiempo de pasar por el peluquero. Aunque parecía andar perfectamente, iba provisto de un bastón con el puño de marfil.

La señora decidida observaba a los dos hombres en silencio. La nieve revoloteaba ante sus ojos. Los tres esperaron pacientemente a que despejara.

6 Al cabo de unos días, Z. respondió así a la pregunta de qué pensaba acerca de la muerte: «Dado que, por lo que veo, ninguno de nosotros está a punto de exhalar el último suspiro, resulta prematuro hablar de ello.»

7 «Suele decirse en alemán: “Quien dice A, debe decir B”,¹ y así hasta el final del alfabeto. Quisiera pedir», dijo Z., «que al aplicar esta regla a mí se me deje al margen.»

8 Sobre la fama, comentó Z.: «Sólo dentro de su propio autobús es famoso el famoso. Tan pronto como se apea, descubrirá que fuera nadie ha oído hablar de él.»

9 Sobre el arte, hizo Z. la siguiente reflexión: «Por mucha vehemencia que se ponga en desaconsejarlo a los jóvenes, todo será en vano.»

10 «Espero, amigos míos, que no me atribuyan ninguna estrategia», manifestó Z. «No pretendo lavarles el cerebro. Hay que guardarse mucho de los consejeros. Son caros y presuntuosos, y sólo miran por sí mismos. Como los militares del estado mayor, creen que es posible prepararse para cualquier eventualidad imaginable. Espero que no me atribuyan una actitud similar. Conmigo pueden estar seguros de que me quedo mis decisiones para mí y les dejo las suyas a ustedes.»

11 En cambio, sobre la táctica, citó Z. a un chino del siglo IV antes de Cristo: «Si eres fuerte, finge impotencia; si dispones de plenas energías, muéstrate indolente. Despierta la ira de tu enemigo y confúndelo. Muéstrate más débil de lo que eres y alimenta su soberbia.»

1. Expresión más o menos equivalente a la española «De perdidos al río». (*N. del T.*)